



POR PATRICIA SOMOZA «LA NACIÓN», BUENOS AIRES/GDA

RABOS de lagartija, la última novela de Juan Marsé, es una nueva y deliciosa inmersión en los barrios grises de la Barcelona de su infancia durante los años duros de la posguerra española. Se trata de una historia encantadora cuyos personajes, altivos en la derrota, expresan sus ganas de vivir entre las colas del racionamiento, los soplonos de la policía y el resplandor que todo lo oscureció tras la bomba de Hiroshima. Una historia que, tras la potencia narrativa de una prosa de finísima y trabada elaboración, no deja de preguntarse por la verdad en sus múltiples relaciones: verdad y mentira, verdad y realidad, verdad y artificio, arte y verdad.

Es probable que a Marsé, que se considera un "narrador puro" que dice no manejar teorías sobre el arte y además desconfiar de ellas, le disguste esta interpretación de una novela que narra el insensato romance entre un inspector de la Brigada Político-Social y una ardiente costurera pelirroja desafecta al régimen franquista, cuyo marido, un pelafustán de ideas libertarias, borrachín y mujeriego, está prófugo y requerido por la justicia. Pero es la propia novela la que pone sobre el tapete esas relaciones.

En principio, porque David, el hijo casi adolescente del prófugo y la pelirroja, que mal tolera los amores de su madre con el policía, trama laboriosamente una mentira para desenterrar una verdad y vengar la muerte de su amadísimo perro Chispa, presuntamente a manos del policía. Paradójicamente y años más tarde, cuando luego de especializarse en el retoque fotográfico se dedica al foterperiodismo, se resiste a

retocar la foto que mejor daría cuenta de una huelga feroz, sin admitir que esa foto, retocada, sería el testimonio más cabal de los hechos que un día azotaron su ciudad.

Además, el fabulador David escucha voces y tiene encuentros con su perro muerto, con su padre prófugo, con un piloto de la RAF que le habla desde una lámina en la pared y que brilla con la luminosidad del héroe que sonríe con garbo ante la muerte. En todos esos diálogos fantasmales se revela algún tipo de verdad: que el piloto inglés de la lámina, por ejemplo, había sido ocultado en su casa por su padre, y por su madre en el corazón; o que la misteriosa valija que portaba no guardaba ningún secreto militar sino un par de botellas de buen vino y la excusa para ver a su amor clandestino.

Por otra parte, la historia es narrada desde el vientre de la pelirroja por el hermano aún no nacido de David, que desde su sueño prenatal nos hace conocer escenas imposibles para él y escuchar un tumulto de voces que no puede haber escuchado. Y aunque el artificio del narrador embrionario y prematuro no se sostiene, el lector le cree como si le contara una realidad que ha presenciado desde su mirada infantil.

Esta esperada novela demoró más de siete años en escribirse y amenazó a su autor con seguir creciendo indefinidamente hasta que Marsé decidió acabarla de una vez. Eso se nota sin que signifique, en modo alguno, un fallo. Las más de trescientas páginas en que la novela se detiene en los pormenores de un romance que avanza y un odio que crece contrastan con las escasas páginas en que se precipita hacia el final y pega un salto en el tiempo: David tiene veinte años, el narrador ha nacido, y las funestas consecuencias de querer ser fiel a la

verdad enturbian sus locas ganas de vivir.

En cuanto la novela termina, el lector tiene ganas de volver a leerla para recuperar los hilos que sabe que se le han escapado y corroborar una vez más que no hay mentira o artificio más verdadero y luminoso que la buena literatura.

"La Gorda de porcelana" mañana en Viña del mar [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"La Gorda de porcelana" mañana en Viña del mar [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile